

Ismaíl Kadaré

# El cortejo nupcial helado en la nieve

Traducción de Ramón Sánchez Lizarralde



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Krushqit janë të ngrirë (Le cortège de la noce s'est fige dans la glace)*

Primera edición: 2001

Tercera edición: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Librairie Arthème Fayard, 1987

All rights reserved

© de la traducción: Ramón Sánchez Lizarralde, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-810-5

Depósito legal: M. 15.870-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	1. La mañana de un día
17	2. Día de diferenciación
30	3. Mediodía. En el asador La vieja Servia
44	4. Por la tarde. En el estudio
60	5. Por la tarde. El libro de los muertos
67	6. Día de diferenciación. Continuación y fin
86	7. Fin del día. Proximidad de la noche
101	8. Noche de puertas abiertas
108	9. Día
116	10. Noche de expedientes abiertos
126	11. Día de diferenciación
128	12. Noche, día, después ocaso
131	13. Ni día ni noche. Otro tiempo



# 1. La mañana de un día

En cuanto salió a la calle, sintió que el día que acababa de comenzar albergaba algo sucio. La jornada anterior también había hecho mal tiempo, nublado, y al igual que en la presente los fragmentos de cristal de los escaparates rotos intentaban repetir sobre la acera parte de su luminosidad; sin embargo, tal vez a causa de la niebla o debido a cualquier otra razón, el día anterior había poseído en su enmohecimiento algo lujoso. El presente en cambio, con aquella coloración desvaída que parecía ser absorbida por los objetos hacia el interior de sí mismos, resultaba pobre y en extremo triste. Es sin duda la ausencia de niebla, pensó ella. Se trataba del principio del velo, que resalta el atractivo del rostro de una mujer y que, al parecer, era igualmente válido para la imagen de un día.

Los trozos de vidrio sobre la acera parecían helados. Parte del día había muerto en ellos con anterioridad. Apresuró el paso, sin volver la cabeza hacia las patrullas de soldados

situadas delante del Gran Hotel y del edificio de la Banca. En la pared de una construcción más alejada, varias personas encaramadas a una escalera de madera borraban con cal y a golpe de cepillo una gran pintada: «Kosova-República». Habían cubierto ya la sílaba *Ko*, así como el inicio y el final de la palabra *República*, de modo que ahora la consigna se leía: *sova publ*. Si bien apartó con rapidez los ojos de ella como de la imagen inquietante de un lisiado, no consiguió reprimir el impulso de repetir en voz alta: «sova publ, sova publ». Entornó los ojos, como solía hacer cuando trataba de desechar una ocurrencia macabra, pero la asociación no desaparecía esta vez, aunque confusa y aún en embrión, sugerida al parecer por el término *sova*, que en la mayoría de las lenguas eslavas significa «cuervo».

En la calle del hospital, el bordillo de la acera derecha, destrozado por los tanques, aún no había sido reparado. Allí era donde la policía blindada había dividido por primera vez en dos a la multitud de manifestantes. Todavía podían verse las huellas de las cadenas sobre el asfalto. Aceleró el paso. Sobre una columna redonda, los carteles anunciadores de películas y representaciones teatrales estaban medio arrancados por el viento. «Concierto», leyó involuntariamente y desvió la mirada para no enterarse de nada más. Tenía la impresión de que todo aquello ya no eran sino hojas secas y podridas, procedentes de otro tiempo. Las veladas musicales, las películas, los cumpleaños, los domingos habían dejado de existir. No quedaba más que el estado de sitio. Estado de sitio y *sova publ*. Cuervos sobre la llanura sembrada de muertos, como en las viejas baladas.

Más adelante, entre los carteles despegados por la lluvia, sobre la pared lateral de una barraca cerrada, vio la mitad

de un retrato de Tito, únicamente los labios y la barbilla, que así, desprovistos del resto de la cara, parecían expresar reconvención y amenaza. ¿Qué es lo que haría el viejo si viviera?, pensó. Sabía que miles de personas, si no decenas de miles en toda Yugoslavia, se habían hecho aquella misma pregunta, dándose las más variadas respuestas.

En la recepción del hospital, delante de las cristaleras, distinguió las siluetas de los policías, que tras los sucesos hacían guardia día y noche. Sin volver la cabeza, mostró su autorización y caminó por la callejuela pavimentada de grava fina que de pronto le provocó dificultades al andar. Una vez en el interior del departamento de cirugía, en cuanto percibió el olor familiar del cloroformo y del yodo, como de costumbre, experimentó cierto alivio. Pero la buena impresión se disipó de inmediato en cuanto, en el corredor interior de la clínica, divisó a un hombre al que no conocía. No fue solo el hecho de que un desconocido hubiera penetrado en la clínica fuera del horario de visitas y ni siquiera se hubiese puesto la bata blanca, hecho este para ella imperdonable, sino alguna otra cosa además lo que alteró su estado de ánimo. La actitud del individuo resultaba un tanto peculiar. Nada en su aspecto delataba que pudiera tratarse de alguien en apuros ni de quien espera angustiado noticias sobre un familiar recién operado, incluso era perceptible que no tenía relación alguna con el hospital. Además, y esto era lo principal, aunque la actitud con que permanecía junto a la pared era la de quien no desea llamar la atención, su talante no evidenciaba el menor signo de vacilación, sino todo lo contrario, una suerte de aplomo amedrentador. La reacción de la doctora ante el desconocido fue en efecto titubeante. Ella, que como jefa de la clínica se

distinguía por la severidad en la observancia de las normas, para su propia sorpresa no logró irritarse con él. Su enojo, que hizo amago de brotar a la superficie, se esfumó al punto, desplazado por una sensación de repugnancia mezclada de angustia. Había visto en alguna parte a aquel hombre, pero no conseguía acordarse dónde. Era uno de esos recuerdos de los que nunca estaba segura y que antes hubiera creído relacionados con algún sueño o imaginación suyos que con personas reales a las que verdaderamente conociera.

Al pasar a su lado, los ojos del individuo se volvieron en otra dirección, como si no hubiera advertido su presencia. Por un momento tuvo la tentación de detenerse y preguntarle: ¿quién es usted, qué hace aquí a esta hora?; enséñeme su autorización. Pero, al parecer, el mismo mecanismo que le había impedido irritarse unos segundos antes con el desconocido la privó del impulso de pedirle explicaciones, y siguió adelante sin siquiera intentarlo.

Al fondo del pasillo, tras la maceta de cerámica que contenía un gran cactus, le pareció ver a otro hombre de apariencia semejante, pero enseguida llamó su atención un anuncio pegado en el panel de los trabajadores destacados: «A las 11 horas, asamblea general del colectivo de la clínica. Nadie debe faltar. El Secretario de la organización de base de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.»

El aviso estaba recién escrito, lo que se deducía del brillo de la tinta aún sin secar. Ella frunció el ceño: ¿una reunión sin su conocimiento? Sin embargo se dio cuenta de que no era siquiera capaz de enfadarse.

El acto de cambiarse de ropa en el vestuario, la blancura de la bata que se puso, los saludos intercambiados con los subalternos y la breve reunión de la mañana, todo se confa-

bulaba para intentar reparar en alguna medida la mala impresión que no la abandonaba desde que saliera de casa. Tenía dos operaciones esa mañana. La asamblea vendría después... ¿Y si volvía a plantearse el problema de los heridos en la manifestación? Uf, hizo un esfuerzo por apartar de su mente la cara del desconocido del pasillo. Seguro que había venido para la asamblea. Que se fuera al diablo.

La sala de operaciones estaba limpia, cálida. Existía una armonía familiar entre el leve tintineo del instrumental y el brillo del níquel. La primera intervención fue enteramente ordinaria, una hernia; la segunda, de próstata. Todas las operaciones en las que había intervenido después se ordenaban por sí solas en su mente a partir de las de «aquel día». No podría olvidarlo nunca, hasta el día de su muerte. Los pacientes chorreaban sangre antes de que los rozara con su bisturí. Todo era funesto, como perteneciente a otra época. Lo único moderno eran los instrumentos del hospital, y en cuanto a las heridas, parecían proceder directamente de la Edad Media: tajos abiertos por el acero de los blindados, cortes aterradores... Intentó apartar sus pensamientos de aquello. El bisturí hendió con facilidad la piel del paciente. La grasa quieta, blanca, apareció entre el corte. Oh, Dios, suspiró para sí, ¿podría ser cierto que habían retornado los días pacíficos, las operaciones habituales, o aquello no era más que una ilusión? Según se decía, en las cárceles estaban aplicando torturas horribles...

—Doctora —oyó la voz de la jefa de enfermeras que la estaba asistiendo—. ¿Se ha enterado de lo de las once?

—Sí, he visto el anuncio —respondió sin volver la cabeza.

Las tijeras brillantes que la enfermera tenía en las manos parecían expresar, en ausencia de los ojos, toda su inquietud.

La doctora volvió la cabeza y le sonrió durante un instante, como si pretendiera decirle: no se preocupe, también esto pasará.

La operación de hernia fue breve.

La siguiente duró más. En cierto momento, mientras practicaba el corte más delicado, los ojos de la cirujana se cruzaron sin pretenderlo con los de la enfermera, que sobre el fondo de tela blanca parecían más grandes y más claros. Aquellos ojos le transmitieron, sirviéndose de todas las posibilidades expresivas de que disponían, una señal: ¡cuidado, doctora!

Captó instantáneamente aquella señal. En cualquier otra circunstancia la advertencia le habría parecido ofensiva, pero ya no en los últimos tiempos. Desde los «acontecimientos», siempre que le tocaba operar a algún individuo serbio, ya fuera hombre o mujer, en la zona genital, la enfermera no olvidaba recordarle ese peligro. Se decía que, tras las manifestaciones, estudiantes albanesas detenidas por la policía habían sido esterilizadas. Toda Kosova se estremeció. Nadie era capaz de imaginar que acabaría llegando el momento en que resucitara el secular crimen simbólico. Con objeto de contrarrestar el rumor, la otra parte había hecho correr la especie de que eran los médicos albaneses, y no la policía, quienes habían resucitado el específico crimen de la guerra entre ambas razas.

Qué ignominia, pensó, al tiempo que hacía señas a la asistente para que cosiera la herida. No había tenido nunca por costumbre preguntar por la nacionalidad de los pacientes y no conseguía acostumbrarse a ello ahora. Y sin embargo debía hacerlo. Por monstruoso que pareciera, ahora era posible cualquier clase de provocación. A estas alturas ya nada resultaba inconcebible.

El reloj se aproximaba a las once. En los movimientos del personal no se percibía ese alivio habitual que seguía al término de toda operación, la desaceleración de los gestos, alguna inspiración profunda, una sonrisa cansada. Todo era distinto, lo mismo que momentos antes de proceder a una nueva intervención, más trascendente.

La incisión ya estaba cosida y procedían al vendaje del paciente, aunque la atención general se había apartado entretanto de él. Dos o tres cabezas se volvieron sucesivamente hacia el reloj de pared. Las once menos cuatro minutos. Los ojos de la médica se encontraron por casualidad con los de la anestesista, precisamente en el instante en que ambas se quitaban las mascarillas de la cara. Como si nos arrancásemos las caretas, pensó la doctora. Le pareció que, en efecto, la mutua ausencia de afecto que se profesaban se manifestaba más francamente con las caras descubiertas. Ellos son dos, pensó, trasladando subrepticamente la mirada de la anestesista a su asistente. Dos serbios frente a cuatro albaneses. Sus pensamientos estaban ralentizados, congelados. Dios, qué ideas tan repulsivas, se dijo. Nunca antes se le había ocurrido hacer semejantes cálculos.

Los camilleros estaban sacando al paciente, que ahora parecía encontrarse de más allí. Eran las once menos dos minutos y alguien dijo: «¡Deprisa!». Se quitaban los guantes de látex, mientras los bisturís, las tijeras y los escalpelos eran depositados en el autoclave despidiendo tintineos. Pero era tal el nerviosismo general que no le hubiera sorprendido que todos partieran hacia la asamblea con ellos en las manos.

Cuando salieron, el pasillo ya estaba lleno de gente que se dirigía hacia el salón de actos.

—¿Otra vez nos vamos a reunir para tratar de lo mismo?  
—preguntaba alguien que caminaba a su lado.

—Eso creo —respondía una voz en tono despectivo.

—Pero bueno, qué es esto, cuatro veces seguidas soplando la flauta por el mismo agujero. ¿Es que no se cansan?

Las voces se alejaron y la doctora no pudo escuchar la continuación de las protestas. En realidad, tampoco a ella se le ocurría dudar siquiera que la asamblea iba a tratar de nuevo sobre la asistencia hospitalaria que se había prestado a los manifestantes. Ya ahora, en el pasillo, mientras el flujo humano se dirigía hacia la sala, sentía que decenas de ojos la miraban de soslayo.

A la entrada del recinto vio al corresponsal de Tanjug. Y este, qué pinta aquí, se dijo. Había acudido varias veces al hospital, siempre con ocasión de solemnidades, la inauguración de un nuevo departamento de cirugía, la instalación del primer riñón artificial y, por supuesto, la visita de Tito a las instalaciones. En una ocasión la había entrevistado a ella, incluso habían tomado un café juntos tras la entrevista, pero ahora él apartó la mirada nada más verla, como si no la hubiera reconocido.

## 2. Día de diferenciación

Cuando entró, la sala estaba ya prácticamente llena. Los retrasados se instalaban apretujados en las últimas filas. Movida por un sentimiento de autodefensa, miró hacia allá, pero en ese instante una voz, «¡Doctora!», le hizo volver la cabeza. A la derecha de la entrada permanecía de pie un pequeño grupo de personas.

—Usted va a sentarse en la presidencia —dijo el subdirector general del hospital, con una sonrisa que la tonalidad amarillenta de su cara tornaba aún más fría. Además de este, se encontraban allí el secretario de la organización de la Liga de los Comunistas de la clínica, el presidente del sindicato, así como dos individuos de fuera, a uno de los cuales lo conocía, el jefe de Sanidad del Consejo Regional.

—Kostic —dijo el otro—, de la Presidencia de la Liga de los Comunistas.

—Bueno, ya es la hora —intervino el subdirector haciendo un gesto con la mano en dirección a la mesa presidencial—. Tomemos asiento.

El nudo que había sentido en el estómago a lo largo de la mañana invadió todo su cuerpo en cuanto se sentó frente a la sala. Se sintió duplicada de peso, algo sordo se apoderaba de su organismo, una torpeza, un entumecimiento; se diría que estaba a punto de dormirse. Sin embargo, al expandirse, el ovillo enmarañado había dejado de presionarle sobre la boca del estómago.

Hacía tiempo, desde que fuera nombrada jefa de la clínica, que estaba acostumbrada a la contemplación de la sala desde la mesa presidencial, pero en las últimas dos semanas, tras las asambleas sobre el asunto de los manifestantes heridos, la sensación se le antojaba radicalmente distinta. El espacio que ocupaban los ojos y los dientes en algunas de las caras se había reducido, en otras había aumentado. Pero no era solo eso. También era diferente el silencio procedente de las filas repletas, un silencio absorbente, que se diría que lo fuera a trasladar a uno lejos.

Su mirada volvió a reparar en el corresponsal de Tanjug, sentado en la primera fila. Su rostro, que siempre había visto iluminado por un rubor festivo bajo los fogonazos de los flashes, resultaba ahora frío, con la adiposidad congelada en su periferia, antinatural. También el aparato fotográfico que llevaba consigo era esta vez de otra especie, lleno de gibas, desmesuradamente grande. Y en efecto, ¿para qué le serviría? Podía decirse que era cualquier cosa menos un aparato fotográfico.

Sintió a su costado que el subdirector se ponía en pie, para inaugurar la asamblea al parecer.

—Compañeros y compañeras —comenzó cuando se hizo cierto silencio—. Estamos reunidos hoy aquí, en esta asamblea de diferenciación, a instancias de la Presidencia de la

Liga de los Comunistas de la Región, con el fin de examinar una vez más algunas cuestiones que ya hemos debatido en asambleas precedentes, pero que, por desgracia, todavía no hemos esclarecido de forma definitiva.

En la sala se produjo cierto murmullo y el orador interrumpió sus palabras, tosió dos o tres veces y miró hacia la izquierda, luego hacia la derecha, como si esperara que el rumor se repitiera. Mas en la sala se hizo de nuevo el silencio, reduciéndolo a la imagen de un hombre abandonado en la desgracia.

—En realidad nosotros, es decir, los directivos de esta institución, y vosotros junto con nosotros —continuó diciendo—, éramos de la opinión, o mejor dicho, creíamos haber aclarado el asunto, pero la Presidencia de la Liga de los Comunistas —señaló con la mano al delegado— no opina lo mismo. Ellos piensan que hemos abordado el problema de forma superficial, que no hemos profundizado lo debido en los hechos y, sobre todo, que no hemos descubierto aún a los culpables, que se encuentran entre nosotros —extendió los brazos al tiempo que su cara adquiría por momentos el color del limón—. Así es como opina la Presidencia, de ahí que nos hayamos vuelto a reunir, con objeto de llevar a cabo de una vez lo que hasta hoy no hemos sabido conseguir. Comencemos entonces: ¿quién pide la palabra?

El subdirector se dejó caer en su asiento. Con el rabillo del ojo, la doctora observó cómo los labios del delegado se fruncían en un mohín de descontento.

—¿Quién quiere la palabra? —insistió el subdirector.

En el silencio que siguió, la silla del delegado crujió antes de que resonaran sus palabras.

—Ha dicho usted —comenzó dirigiéndose al subdirector— que la Presidencia de la Liga de los Comunistas opina que no han esclarecido la cuestión, dos o tres veces ha repetido incluso las palabras: «La Presidencia opina lo contrario». Pues bien, yo quisiera preguntarle: ¿Y usted, qué opina?

—Yo ya he expresado mi opinión —respondió el otro sin volver la cabeza.

—¿Y continúa reafirmando en esa opinión?

—Mientras no escuche nuevos testimonios, sí. Yo, al igual que usted, al igual que todos, espero que se nos aclaren las cosas.

—Pues yo creía que iba usted a ayudarnos a esclarecérselas a los demás —el delegado hizo una pausa—. A decir verdad, compañero Arian, no me gusta el modo en que ha abierto la asamblea.

—¿Ah, sí? —protestó ofendido el subdirector—. Compañero Kostic, está en su derecho de que no le guste el inicio o el final de una asamblea. Con mayor motivo dado que es usted un viejo dirigente de la Liga, del que todos nosotros debemos aprender. Así pues, propongo que la dirija usted.

Hizo un ademán, una suerte de erguimiento del cuerpo contra el respaldo de la silla, como si mostrara con ello su inhibición del gobierno de aquella reunión.

—Precisamente eso es lo que me propongo hacer —dijo el delegado levantándose de la silla—. Dirigiré yo la asamblea.

El subdirector, que al parecer no se lo esperaba, miró a derecha e izquierda.

El delegado contempló la sala, tosió dos o tres veces y a continuación inició su parlamento. Era inmediatamente perceptible que tanto su voz como sus carraspeos, al igual que cualquiera de sus movimientos y ademanes, se habían

visto sometidos a una prolongada depuración a lo largo del infinito número de mesas presidenciales desde las que había intervenido, exigido cuentas, criticado, ensalzado y distribuido condecoraciones o anatemas.

Dijo que, a causa de las manifestaciones de Kosova, la República Socialista Federativa de Yugoslavia atravesaba un momento difícil, que peligraban sus logros, su unidad, su independencia, así como su prestigio internacional. La actitud frente a las manifestaciones, la lucha contra el irredentismo albanés, constituye una prueba de toque para todo comunista, para todo ciudadano yugoslavo, cualquiera que sea su nacionalidad, prosiguió. La pretensión de proclamar la república en Kosova es reaccionaria, contrarrevolucionaria, catastrófica para Yugoslavia. Reclamar tal cosa significa tocar las campanas a muerto por Yugoslavia.

Siguió afirmando que tras la consigna «Kosova-República» no se ocultaba sino la separación de Kosova de la Federación Yugoslava y su unificación con Albania. Los irredentistas albaneses han juzgado propicio el momento en que nuestro querido presidente Tito acaba de separarse de nosotros para clavar este cuchillo en la espalda de Yugoslavia, continuó.

Los ojos de la doctora fueron involuntariamente a parar al gran retrato de Tito que colgaba de la pared lateral. Tuvo la sensación de que se trataba del mismo que había visto en la calle, rasgado por el viento. Se leía idéntica resolución en los labios y en el mentón, salvo que parecían albergar menos severidad, tal vez debido a la parte superior del rostro, que ahora no estaba ausente. Allí, en la calle, carecía de ojos, pensó, como si ese hecho eximiera al personaje de algo: me faltaba la mitad de la cara, aquella matanza no la vi. Pero aquí no puedes decir que no ves, oh, anciano.

El delegado continuaba perorando sobre el contenido de la diferenciación. Yo, en cierta medida, comprendo la posición del subdirector, el compañero Arian. Solidaridad con sus colegas, concepciones románticas acerca de la amistad, de la *besa*<sup>1</sup> albanesa y quién sabe qué otras cosas. Yo entiendo todo eso, del mismo modo que todos nosotros reconocemos la honradez y la corrección del compañero Arian, de modo que le pido disculpas si lo he abordado con cierta aspereza, pero lo que deseo subrayar aquí es otra cosa. Así pues, regresando al asunto que ya he mencionado con anterioridad, las concepciones románticas sobre la *besa*, la fidelidad a los colegas, etcétera, quiero destacar que todas esas virtudes son comprensibles, es más, deseables para todos nosotros en circunstancias normales, pero... (el mecanismo perfeccionado a lo largo de su prolongada experiencia en asambleas le aconsejó aminorar el ritmo y acto seguido le movió a alzar la voz), pero es preciso comprender, compañeros, que los momentos que vivimos no son eso, normales, quiero decir. Afirmando esto porque en el caso presente estamos tratando de algo trascendental: son los intereses de Yugoslavia los que se encuentran hoy en peligro. Y ante esos intereses, todos debemos estar dispuestos a cualquier sacrificio, por doloroso que este sea.

La doctora observó el perfil del subdirector que, tras el sermón del delegado, se había tornado todavía más amarillento. De pronto, sus ojos captaron en la sala la mirada del hombre desconocido al que había visto por la mañana en el pasillo. Funcionario jubilado del Secretariado de Asuntos

1. *Besa*: institución del código consuetudinario albanés, palabra dada, protección, compromiso. (*N. del T.*)

Internos, pensó. Pensionistas que se ofrecían voluntarios y a los que de vez en cuando movilizaban para casos extraordinarios. Aquel sombrero pasado de moda y el rostro extrañamente revitalizado por encontrarse fuera de las cuatro paredes de una oficina lo evidenciaban sin la menor sombra de duda. Durante la visita de Tito a Kosova había visto a decenas de ellos. Hizo una profunda inspiración. Según parecía, mientras ella se encontraba en el quirófano, la policía secreta había comenzado a hacer indagaciones en el interior de la clínica.

—Yo, compañeros, como viejo comunista que soy, les voy a hablar a las claras —continuaba el delegado—. No quiero extenderme más en consideraciones generales; me limitaré a hacer tres preguntas, cuyas respuestas quiero obtener de ustedes sin falta.

Colocó las palmas de las manos sobre la mesa y, de nuevo con ademán resuelto forjado por la larga experiencia, descargó todo su peso sobre ella mientras su mirada envolvía sucesivamente hasta el último rincón de la sala y a continuación, a sus costados, ambos extremos de la presidencia. A la doctora le pareció que en el fugaz encuentro de sus ojos con los de él se producía una descarga peculiar. Sintió cómo se originaba en su interior un nuevo vacío, y luego, en esa oquedad, brotaron los carteles rasgados de los conciertos que había visto por la mañana. Quizás fuera Mozart. Tal vez Bach. No tenía importancia. Aquel tiempo estaba ya muerto. La música ya no servía para nada. No quedaba más que el *Réquiem por la Diferenciación*. Una fuga medieval. Para investigación y orquesta. Qué horror.

—Esas preguntas son: primero, ¿por qué en el departamento de cirugía, el día de los sucesos, es decir, el 1 de

abril, estaban dispuestas doce camas adicionales? Segundo, ¿por qué durante todo aquel día las ambulancias estuvieron y viniendo de Pristina a Ferizaj, y qué hicieron en el curso de esos trayectos? Tercero y más importante, ¿cómo y por qué desapareció el libro de registro junto con la lista de asistidos durante la jornada del 1 de abril? —el delegado se apoyó de nuevo sobre la superficie de la mesa, como si sujetara allí algo que se obstinaba en resbalar de sus manos—. Espero la respuesta a estas preguntas de todos los presentes, pero en particular la espero de usted, doctora Shkreli —añadió volviendo la cabeza hacia la doctora—. Es usted la jefa de la clínica, ¿no es así?

—Sí —respondió ella sin mirarlo—. Yo soy la jefa de cirugía.

—¿Entonces?

—Entonces le responderé.

Se puso en pie y durante unos segundos contempló la sala, buscando con los ojos al jefe de administración.

—Acerca del movimiento de las ambulancias durante el día al que hace usted referencia —comenzó—, hemos discutido en varias asambleas sucesivas y está todo registrado en las actas correspondientes. Además, como puede que ya sepa usted, dos de los conductores han sido despedidos por irresponsables. En ninguna de las asambleas se ha puesto de manifiesto que las ambulancias se trasladaran con el fin de traer o llevar a ningún otro lugar a más heridos que los que fueron operados aquí. Se han detectado, por el contrario, abusos ordinarios por parte de algunos conductores, de modo que los culpables, como le dije, han sido sancionados. Sobre esta cuestión yo no tengo nada más que añadir a lo que manifesté en las asambleas preceden-

tes. Tal vez el jefe de administración tenga alguna otra cosa que aclarar.

—Mmm —murmuró el delegado—. ¡De modo que usted no sabe nada sobre las ambulancias! —hizo una breve pausa—. ¿Y sobre las camas de más? Espero que no vaya a decirme que se le antojó a algún borracho incrementar el número de camas en cirugía. O que fueron simples abusos o vaya usted a saber.

—No, no digo eso. Respecto al número de camas, como quedó igualmente esclarecido en las asambleas anteriores, su incremento estaba previsto tiempo atrás. Creo que existe documentación acerca de ello, incluso los periódicos... —buscó con los ojos al corresponsal de Tanjug—, incluso los periódicos han escrito repetidas veces sobre la previsión de aumentar el número de camas en nuestro hospital, destacándolo como uno de los principales índices de la atención que se presta a la salud en la región de Kosova.

—No hay necesidad de ironizar, doctora Shkreli —la interrumpió el delegado.

La doctora volvió la cabeza hacia él.

—Un médico no ironiza nunca con estas cosas.

—Continúe, continúe.

—En cuanto al motivo por el que se añadieron las camas con fecha 31 de marzo, precisamente la víspera de la sangrienta manifestación, eso, sinceramente, lo ignoro.

El delegado no apartaba de ella unos ojos en los que jugueteaba una sonrisa punzante.

—¿No le causó extrañeza encontrarse con ellas?

—No. Estoy acostumbrada a estas cosas. En casos de epidemia es algo habitual.

—Pero no había ninguna epidemia, doctora.